

**DISCURSO DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD
ANÁHUAC, LIC. RAYMUND COSGRAVE, CON OCASIÓN
DE LA CEREMONIA DE INAUGURACIÓN DE LA
FACULTAD DE BIOÉTICA, 22 DE MAYO DE 2002**

La sociedad contemporánea se pregunta cada vez más con mayor preocupación sobre la validez y oportunidad de innumerables intervenciones científicas, biomédicas y jurídicas que afectan profundamente a la salud, la vida y el bienestar de los seres humanos, e inciden ampliamente sobre el ecosistema en que habitamos. Y, sin duda el desarrollo actual en el campo de las intervenciones biomédicas presenta un rostro ambiguo. Tal vez como nunca hay oportunidades inéditas que pasan delante de nosotros: aprovechar determinadas tecnologías para el diagnóstico, lanzar un nuevo producto farmacéutico o un servicio inesperado para superar discapacidades, modificar algunas pautas en la legislación para propiciar una práctica o protegernos de ella. Esta serie de posibilidades son un reto que exige decisiones acertadas y éticas. Un gran avance científico puede ser nefasto, si no se actúa con respeto por la persona humana.

Todos recordamos que a través de un proceso muchas veces largo y doloroso, proceso que incluyó lamentables escenas de experimentación no consentida sobre seres humanos, intentos de eugenesia racista, excesiva confianza en fármacos que a final de cuentas se revelaron dañosos, la gran explosión de conocimientos biológicos en el siglo XIX y en los inicios del siglo XX fue tomando un rostro más humano.

Sus contrastes, sus enormes riesgos en soberbia científica, en falta de solidaridad o en oportunismo político fueron remontados, gracias a científicos visionarios que supieron armonizar la producción de conocimientos con la responsabilidad social; gracias a filósofos, médicos, enfermeras, familiares y pacientes que reconocieron sus propios derechos y también su papel de beneficiarios responsables y de protagonistas —y no antagonistas— del avance biomédico; gracias a políticos y funcionarios que diseñaron leyes y programas para ordenar los servicios y redistribuir las oportunidades con buenos modelos de educación y salud pública. En ello tuvo un papel de primera importancia la reflexión

sobre las implicaciones éticas de esos conocimientos y prácticas, formulada con gran valentía y claridad en el marco de algunas universidades y sociedades científicas.

Los grandes avances científicos de nuestros tiempos nos ponen en una nueva situación, en la que los temas de fertilidad, población, transplantes, genética o encarnamiento terapéutico pueden hacernos recaer en aquella situación de experimentación insensata o de euforia por el poder de manipular la naturaleza. No mitigada por una legislación común, con la recurrente tentación de empujar el límite y tener a lo experimental sin respeto a las personas, con la especulación de cuánto se puede modificar artificialmente sustituyendo a la auténtica vocación de aliviar el dolor y la limitación respetando la dignidad, se amenaza mucho de lo conseguido hasta ahora. El peligro se cierne incluso sobre la misma base de la cultura: familiares y pacientes creen disponer de la vida como si fuesen sus dueños, caen en el espejismo de la "calidad de vida" aún a riesgo de no hacer honor a la "santidad de la vida", exigen gozar de más y mejores medios de diagnóstico o de tratamiento, aún a riesgo de olvidar los fines.

El verdadero problema reside en el corazón del hombre. Ahí se gestan los elementos de egoísmo y de violencia, y ahí también nacen los propósitos creativos y fraternales. El mundo y sus sistemas, también científicos y terapéuticos, son lo que los hombres, nosotros, hacemos, de ellos.

Y si a esta explosión de técnicas y conocimientos le está faltando un alma, le está faltando sentido y dirección, debemos comprometernos para que sea también una explosión de la solidaridad, una explosión de las oportunidades, una explosión de los valores auténticos. En el fondo, este entorno apela a una responsabilidad más profunda, pues cada vez se hace más evidente que somos como alpinistas, unidos por la misma cuerda, y que en esta escalada está comprometido el desarrollo de todos. En ese sentido, todos estamos involucrados. Podemos tener una idea superficial de la Bioética, pensado que es cuestión de cirujanos y de genetistas. Parafraseando a aquél que dijo que la guerra era algo demasiado serio como para dejárselo a los militares, diremos que la Bioética es algo demasiado crucial como para dejárselo a una clase única de especialistas. Filósofos y educadores, líderes de comunidades religiosas y representantes populares, actores de la sociedad civil y empresarios, todos necesitamos empararnos de las reflexiones bioéticas. La vida es el don inicial que recibe todo ser humano, y hoy puede resultar el más amenazado; ante eso, todos por igual tenemos que afirmar convicciones y decidir con verdad.

¿Qué hacer entonces? Yo les invito a familiarizarse con este nuevo entorno ampliado, a saber discernir los elementos positivos y aprovecharlos. Les comento sólo tres retos que ya están aquí:

- Un cambio claro es la necesidad de que, en hospitales y clínicas, lo mismo que en los sistemas de arbitraje médico, las personas involucradas, estén preparadas para tomar decisiones. Entender el procedimiento técnico no

basta; hoy se requiere de una suficiente cultura filosófica para emitir valoraciones objetivas y éticamente eficaces. Eso se traduce en la necesidad de una educación con estándares más elevados, y orientada a la colaboración y la responsabilidad.

- Otro cambio importante es la necesidad de contar con asesores, gobernantes y legisladores preparados a profundidad en estos temas. Las necesidades sociales, que deben atenderse a través de leyes justas y políticas públicas, corren el riesgo de errar profundamente si no se examina con conocimientos actualizados y serenos las mejores opciones disponibles, aquellas que no envilezcan al ser humano, sino que verdaderamente lo asistan y reconozcan su intrínseca dignidad.

- El entorno de un mercado global de manipulación del patrimonio genético puede conducir a la falta de identidad y a la tentación de “fabricar” seres humanos según nuestras expectativas y deseos. Y mucho de ello está condicionado por una cultura de gratificación inmediata, y en la que se piensa que se puede comprar felicidad y definir arbitrariamente nuestra descendencia. Somos todos custodios de la vida, y no sus dueños; el amor al prójimo nos urge a estudiar y explorar el misterio de la vida para mejor servirlo, y no para servirnos de él.

Con la fundación de la Facultad de Bioética, primera en América, y segunda en el mundo, la Universidad Anáhuac quiere seguir cumpliendo con la misión que se ha trazado desde su fundación: vencer el mal con el bien, tener una propuesta y no sólo una preocupación; no quedarnos sólo en el análisis, y pasar a la acción. Queremos asumir los retos comentados, y enfrentarlos en forma propositiva, profesional y con parámetros de excelencia. Ya desde 1990 iniciamos formalmente actividades en este campo interdisciplinario, atendiendo principalmente la formación de los estudiantes de la Escuela de Medicina. La experiencia adquirida tras doce años de labores del Instituto de Humanos en Ciencias de la Salud ha hecho de nuestra Maestría en Bioética, la primera en México, el semillero de médicos, abogados, filósofos y orientadores comprometidos; muchos de nuestros egresados se encuentran hoy entre los principales promotores de esta ciencia en todo el país.

Así, nuestra Universidad se congratula de abrir la Facultad de Bioética, que está llamada a ser el detonador de una cultura centrada en el valor de la vida. La Universidad crea la Facultad de Bioética con el objetivo de formar profesionistas de alto nivel, capaces de ofrecer un juicio de valor ante las decisiones económicas, políticas y sanitarias que afectan a la vida y salud de todos y cada uno de los hombres y mujeres de nuestro planeta, sin distinciones de razas, edades, condición socioeconómica o cualidades personales, en la búsqueda de un equilibrio ecológico justo y razonable. Buscando la verdad por los medios de la justificación racional y el libre diálogo, los medios típicamente universitarios y abiertos a las personas honestas de todas las convicciones, confiamos contribuir a la promoción y al respeto irrestricto de la dignidad de cada ser

humano desde su concepción hasta su muerte natural, incluso —y con mayor razón— de aquellos débiles, enfermos o en dificultad, a través de la formación profunda sobre la persona humana y todos sus valores.

El reto es grande, pero las posibilidades están a nuestro alcance. La investigación de la naturaleza y el cuidado por la vida de las personas son exigencias que se complementan en el corazón humano. Agradezco a todos ustedes, que de una u otra forma han contribuido a hacer realidad este proyecto, a todos ustedes que nos acompañan hoy a plantar esta pequeña pero significativa semilla, en la esperanza confiada que un día se convierta en un árbol frondoso, un “árbol de la vida” como aquellos con los que este generoso pueblo mexicano celebra el don primero, el que nos trajo a la existencia.

Por todo lo anterior, por los testigos de honor que nos acompañan, larga vida en la nueva Facultad de Bioética.

Muchas gracias